

LOS SOLDADOS DE BALER

No decimos los *héroes*, á cosa hecha. Soldados eran cuando se defendieron como tales; soldados duros, incommovibles ante el empuje del enemigo; soldados en toda la extensión de la palabra; soldados como lo fueron todos los españoles mandados por jefes como don Juan de Austria, Roger de Lauria, Gonzalo de Córdoba, el duque de Alba, Reding, Alvarez, el Empecinado y Mina.

Soldados que creían en la honra nacional, cuando aguantaron asedio estrechísimo, cuando se defendieron, en tanto que los otros capitulaban; soldados de verdad; pues, sin esperar ajeno auxilio, abandonados de todos, menos de la fe que alentaba en sus corazones, supieron demostrar que el indomable espíritu que anima nuestra raza, dormita tal vez unos momentos, pero no se extingue, no muere, no acaba.



flameante hoguera del sol de los trópicos; ved su continente marcial, la firmeza de sus movimientos, la rapidez y energía del gesto, la mirada fija, serena, dura, sostenida; esa mirada que doma á los felinos, que hace retroceder á los otros hombres; ved la inmovilidad de las facciones, petrificadas por el peligro continuo; mirad uno por uno á esos hombres, y, al advertir su continente reposado y decidido á un tiempo, su apostura gallarda, os explicaréis su conducta heroica, diréis: «Esos son los héroes de Balser, esos, esos solamente son los soldados de España.»

Merced á su titánico arrojo, nuestro pabellón ondeaba aún en Filipinas once meses después de haber capitulado Manila.

Sitiados por los tagalos en Balser, pueblecillo en la costa oriental de la Isla de Luzón, resistieron cerca de un año, desde el convento que les

Miente ó se engaña quien afirma que el espíritu no doma ni molea la carne. Hemos visto en Francia, los últimos supervivientes de la famosa carga de Reichschoffen; hemos visto en España, al héroe de las Tunas, á los voluntarios catalanes que combatieron en Tetuán y en Wad-Ras á las órdenes de Prim. Sobre todas aquellas caras bronceadas, fulguraba y fulgura una luz que no ilumina las facciones de los demás soldados. Los cuerpos se yerguen con mayor gallardía, las frentes se levantan con mayor dignidad. Es que todos aquellos hombres han recibido el bautismo de gloria; es que todos han visto la muerte cara á cara. Y así como el fuego deja una marca indeleble sobre cuanto toca, así también la gloria y la muerte imprimen un indeleble sello sobre sus elegidos.

Ved sus rostros morenos, curtidos por la intemperie, atezados por la

servía de fuerte, las agresiones constantes de sus feroces enemigos, y sólo cuando, faltos de salud, víveres y municiones, se vieron imposibilitados en absoluto de defenderse, aceptaron una capitulación gloriosa, con todos los honores de guerra. Una escolta de honor, formada por sus mismos contrarios, les acompañó hasta las puertas de la capital, en donde fueron recibidos por los victoriosos yankees con vítores y palmas.

Cuando todos los muros se cuartean, cuando todo se hunde, cuando la desolación y la ruina anonadan todo lo fuerte y todo lo incommovible, saludemos con respeto, con religioso respeto, á ese puñado de valientes que quizá algún día se convierta en legión; descubramonos á su paso, y digamos una vez más, con entusiasmo, con orgullo: «Estos son los soldados de España ¡estos son hombres!»

MADRID ELEGANTE

Al igual que en la precedente crónica, fuerza será buscar el asunto de ésta fuera de la Corte, solitaria y triste, abandonada temporalmente por la sociedad elegante y aristocrática. El pasado mes de Agosto ha sido, como siempre, el en que las diversiones se han sucedido sin descanso en la mayoría de las estaciones veraniegas, salvo Biarritz, cuya temporada ó *season* no comienza hasta el mes de Septiembre.

Así en La Granja, por ejemplo, se han verificado las acostumbradas excursiones que S. A. la Infanta Doña Isabel organiza y preside con sin igual encanto; han abierto sus salones la Duquesa de Ahumada y los señores de Comyn, y la colonia ha correspondido con otros obsequios, á las muestras de deferencia que continuamente recibe de la bondadosa Infanta.

En Zarauz, reunida ya toda la aristocrática colonia, se juega diariamente al tresillo, y la Marquesa de Squilache, el General Martínez Campos, el Duque de la Unión de Cuba y otros *tresillistas*, reanudaron las partidas habituales del palacio de la Plaza de las Cortes, mientras que los aficionados al juego del *poker* se congregaban amenudo en el hotel de los Marqueses de Monteagudo, y la juventud elegante se entretenía en animadas giras ó en brillantes bailes, capitaneada por las encantadoras hijas de los Condes de Aguilar de Inestrillas.

Pasó también en la capital de Guipúzcoa la llamada *gran semana*, en la que las fiestas se suceden sin interrupción; los toros, el tiro de pichón, las funciones teatrales, los cotillones del Casino, hasta las *matinés* régias en el Palacio de Miramar; un verdadero vértigo que se apodera de todos los habitantes de San Sebastián, que ven acercarse el mes de Septiembre como la época de tranquilo reposo, de que no disfrutaban durante los primeros meses del verano.

En San Sebastián la presencia de la Corte, el continuo ir y venir de los personajes políticos, la incesante actividad de los *reporters*, contribuyen á dar una nota más política, y por decirlo así, más *madriñena* á la vida veraniega; lejos de allí, la existencia enteramente campesina de los veraneantes de *El Escorial* y de Cercedilla, y aún de la colonia de San Ildefonso; en la pequeña Corte de verano las señoras cambian de *toilettes* tres ó cuatro veces al día; lucen en el teatro y en el casino joyas suntuosas, y cuando bajan por las mañanas á la playa, adornan con ricos *volenciennes* las batistas de sus vestidos. Una dama conoce el que traza estas líneas, tan celebre por su ingenio como por la riqueza de sus joyas, que preguntada por éste acerca de las que se reservaba para la estación veraniega, en el momento en que depositaba en el Banco de España una bien repleta caja de alhajas, le hizo el siguiente inventario: dos hilos de perlas, dos de brillantes, las pulseras, los pendientes de turquesas, los de esmeraldas, los de záfiro y los de perlas; varios solitarios y otros *dijes* y adornos de cabeza: es decir, lo que no pocas damas se contentarían con tener para las

Las funciones teatrales de aficionados, son una de las diversiones favoritas de algunas colonias veraniegas, y con frecuencia se revelan en estas improvisadas *compañías* artistas de verdadero mérito; pero las que sobre todo han adquirido ya justa fama en la sociedad aristocrática, son las que se verifican en el teatro de los Duques de la Unión de Cuba en Zarauz, y en el lindo coliseo de La Granja.

Forman parte de la *compañía* del primero, una *triple* tan bella y de tanto mérito como la elegante señora de Vera, y actrices tan distinguidas como la joven Marquesa de Valdefuentes y como las señoritas de Carvajal, Ibarquien y Santos Suarez, mientras que entre los actores figuran jóvenes de tan relevantes condiciones artísticas como el Duque de Luna, don José de Vera, los Marqueses de Somoancho y Valdefuentes y otros varios.

Allí se han representado con gran primor zarzuelas lindísimas, algunas como *De P. P. y W.*, en las que únicamente una dama de tan singular grajeo como la gentil señora de Vera, podía superar la gracia y donosura de la que estrenó dicha obra, y para quien la escribieron los señores Perez y Rubio: la notable Loreto Prado.

Por el escenario de La Granja, han pasado también actores y actrices muy notables; hace ya muchos años que, como digno coronamiento de las fiestas del Real Sitio, celebrase allí una función de aficionados, y á las veces, llegan á tanto las facultades de la escogida *troupe*, que nada menos que zarzuelas de difícil ejecución, y aun comedias en tres actos, se ven allí representadas con perfección increíble.

Este año constituyeron la aristocrática *compañía*, las señoras de Chulvi y de Santana, las señoritas de Coello y de Comyn, y los señores Conde del Cazal, don Basilio Avial, Coello, Marqués de Haro, Drumen, Vázquez y algunas más, y apesar de que la obra escogida ha sido una de tantas dificultades, como la admirable comedia de Bretón de los Herreros *A Madrid me vuelvo*, obra que sirve de texto á los alumnos de la Escuela de Declamación, los distinguidos actores salieron muy airoosamente de su empeño, mereciendo por ello entusiastas ovaciones.

Tal es el principal cuadro del veraneo aristocrático, que toca á su término y que deseo haya sido muy feliz para mis lectores del ALBUM SALÓN.

MONTE-CRISTO

PRIMORES

Como cantaba aquel hombre! ¡Dígo! aquel ruiseñor granadino; aquel Gayarre con acento de allá abajo.

Poseía todos los «estilos», desde las granadinas, malagueñas y sevillanas, hasta lo más selecto del canto jondo.

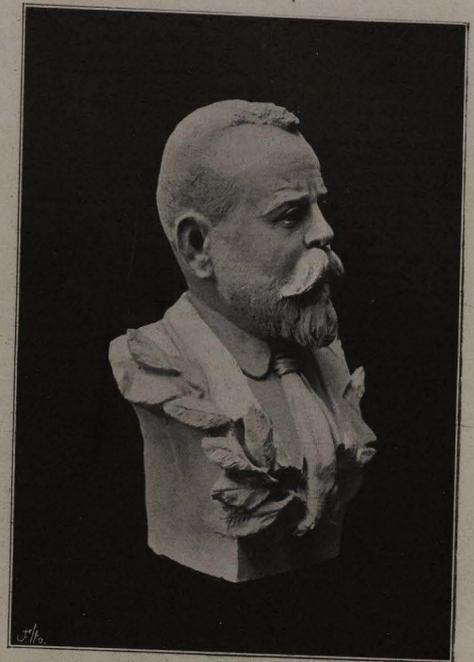
Era una maravilla europea aquella garganta, que enjugándose, como aquel que dice, con una sílaba, bien fuera diptongo ó letra suelta — todo esto en opinión de críticos del arte, — se pasaba una hora y más, y aun toda una noche se hubiera pasado gargarizando, sin acabar de «soltarle» la copia al auditorio ilustrado.

— ¡Ayl... ¡ay!... ¡je... y!... Y así, hasta «jartarse» de lamentaciones poéticas, y de palmas y «jolés» del público inteligente.

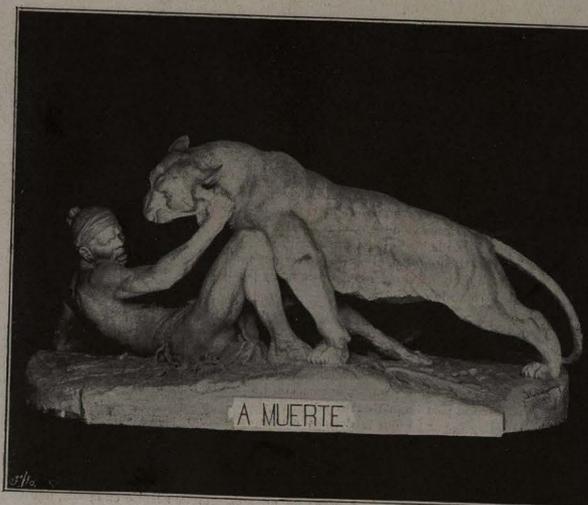
Por *Primores* le conocían, y era muy justo el mote.

No hay para qué decir, que era el mejor ornamento de los salones, lo mismo en Sevilla que en Madrid, y en Granada que en Valencia, y que se veía obsequiado en casas muy principales que gustaban de oír cantar el género «flamenco», español, «jondo» y puro, como salía de aquella garganta, en «trovas naturales».

Y no se contentó *Primores* con lucir en su patria; sino que se arrancó una vez y salió á viajar por «París de Francia y el Extran-



BUSTO DEL FOTÓGRAFO D. ANTONIO ESPLUGAS.
Escultura de José Campeny.



A MUERTE.

Escultura de José Campeny; premiada con 2.ª medalla en la última Exposición Nacional.

jero», y estuvo cantando, según él relataba con mucha formalidad y aún más gracia, en varios círculos del *foyer* y de la *banquet*, y en el *bolear*, y en varios teatros de los principales.

Y en Londres, también se vió muy aclamado cantando en *Idem-Park*, y en otros sitios «difícultosos para la pronunciación».

En aquella correría ganó algún dinero y, de regreso en España, pensó en establecerse definitivamente.

Consultó con su compadre, que era un tocador de guitarra también magistral, pero que no había sido apreciado por el público en su verdadero valor, y andaba mal hasta de ropa.

Primores, de regreso del extranjero le protegió, facilitándole unos cuantos duros, para que se vistiera «indecorosamente» y «se apañara y apañara su casa».

Claro está, que el compadre *Borrego*, — así le intitulaban las gentes, — aconsejó al capitalista *Primores*, que abriera un establecimiento modelo de *café-consule* como los que había visto en París, «sormente» que á la española.

Pero *Primores* temía aventurar sus «libras» en una empresa que había arruinado á varios «capitalistas», y dudaba.

— Es el negocio más claro en que puedes meter tus intereses, — le aconsejaba el *Borrego*, deseoso de asegurarse un sueldo dignamente.

Por fin, que el ruiseñor cantante se decidió á ello y, en pocos días, estableció en Málaga un café con todos los adelantos de París, traducidos á la andaluza.

Un café «tirado por camareras», como decía él mismo algunos años después.

— Como Málaga es buena tierra, y por mor de «la vendeja» acuden muchos ex-

tranjeros ingleses y americanos, á «imescar» la pesca, se puede hacer buen negocio, siquiera en esa temporada — pensó *Primores*.

Y así fué: el establecimiento se vió en extremo concurrido; siendo grande el consumo de vino, licores, pescado frito y ostiones naturales.

Aquello era el centro de la juventud aristocrática y artística. *Primores*, aparte de su «popularidad europea» y de su valer, había reunido en su establecimiento las *divas* del género, más notables y celebradas por «la crítica» y por «la opinión».

Y respecto á profesores instrumentales, donde estaba el compadre *Borrego* no cabía otro.

— Por fin, — como decía el compadre, — que el establecimiento era un Liceo, un Casino, un «Oratorio de beyas antes».

Primores se hartaba de ganar dinero y de «presumir».

Pero cuando menos se lo espera el hombre, se interpone en su camino alguna contrariedad.

Donde menos se sospecha, salta un tunante que abusa del hombre de bien.

Primores era un hombre bueno, en su clase.

Hasta cantaba sin segunda intención; coplas siempre escogidas.

El tunante fué un inglés.

No se supo si solo ó en connivencia con el compadre *Borrego*, que era una mala persona para todo, menos con la guitarra en la mano, que dejaba al *Esopo* tamaño

— como decía *Primores*, — porque jaja yorar hasta á los animales, cuando quería.

El inglés, que luego se supo que no era de la Inglaterra, sino español, visitaba



PATIO INTERIOR DE LA VICARÍA (GERONA).

Acuarela de F. BRUNET Y FITA.

el establecimiento á diario y gastaba dinero, convidando á los artistas y aun al mismo *Primores*.

Era, — según él mismo aseguraba, — representante de un banco de economías en Londres; banco que poseía en caja sinnúmero de libras, y más que libras, arrobos esterlinas.

Andando los meses y viendo que el *café-concert* ó *café-consulle*, como pronunciaba *Primores*, daba dinero y que el dueño se resentía un tanto de la voz, que había sido y era la base de su fortuna, propuso á éste que lo realizara todo y confiase su capital al Banco de economías, por él representado en España.

Primores consultó con su compadre, en vista de las proposiciones del inglés, y conociendo que se le acababa «la voz de tenor de más de cincuenta grados sobre cero», que poseyera en tiempos pasados.

El *Borrego* le aconsejó que aprovechara la compostura.

Y, después de largas meditaciones, porque *Primores* era irresoluto, se decidió el ex-ruiseñor á venderlo todo, traspasarlo y entregar, mediante documento, la fortuna que había realizado al representante *inglismán*.

Dejóse éste rogar, pretextando que la cantidad era pequeña; que seis mil duros nada representaban para aquella casa de Londres, que él creyó sería mayor el capital, y que, por fin, escribiría á ver...

— Es usted el hombre que ha nazio de pie, — le decía el compadre. — Cuidado con verse capitalista en un banco de Londres mismamente, como se va usted á ver! Cobrando una renta como el *Rochil*...

Ea, que todo se arregló y que el inglés recibió el dinero y entregó una *póliza*, vamos al decir.

Y... ya adivinarán ustedes el resto.

Que *Primores* perdió la voz y se quedó sin una peseta, por confiar su dinero al «Banco de economías» de Londres, con ramificaciones en otros países «más extranjeros», que decía el mismo representante de la casa.

A consecuencia de esto, el compadre desapareció de la provincia.

Primores le buscó inútilmente.

— Quiero dar con el compadre, — repetía el ruiseñor cesante, — para degollarlo como á un borrego idéntico, por desleal y por ladrón.

Pero no lo consiguió.

**

¡Pobre *Primores*!
¡El, que había sido el tenor mimado de la aristocracia *flamenca* y el encanto de los salones y «cafés», verse obligado á suplicar que le contratasen, siquiera fuese como «jaleador» y para acompañar con las palmas, á los cantantes que no hubieran servido ni para limpiarle la ropa!

Logró, por fin, que le dejaran cantar «á prueba» para contratarle ó no, en un teatro *café* de Jerez.

Y en poco estuvo que no le mataran de un botellazo.

Primores no daba crédito á sus ojos ni á sus oídos.

Hasta llamó *pebre* al público.

Manifestó que quería hablar y en un momento de silencio en la sala, dijo muy afligido:

— Respetable público: ¿es que ya se ha perdido la vergüenza, y no vale la hombría de bien pa el canto?

EDUARDO DE PALACIO



Cuadro de FELIX MESTRES.

EL OTOÑO

El verano ha concluido, y con él la época de la alegría y los placeres que disfrutaron los favorecidos de la Fortuna—y muchos que no han recibido favor alguno de tan esquiva diosa—en las risueñas playas del Cantábrico, ó en lo poco frescos puertos de Levante; pues cada uno va, con tal de seguir la reinante moda del veraneo, al punto que más le agrada ó más cómodamente le permite el estado económico de su bolsillo.

Esto no se entiende con los que viajan por cuenta del Estado, ó á costa ajena, que siempre van donde los llevan... ó donde los mandan.

Los personajes de más ó menos valía; los políticos de alto y aun de bajo vuelo; los capitalistas, y hasta algunas cuantas eminencias políticas y literarias, déjense ya ver en los paseos, en los teatros y demás sitios



CONCIENCIA TRANQUILA. — Cuadro de JULIO ROMERO DE TORRES.

públicos de la coronada villa y corte; inmenso horno candente, durante los meses del florido estío—que decían los poetas bucólicos de antaño—y cuyos ardores estivales se han encargado ya de templar las frescas brisas matinales y nocturnas del otoño.

El otoño es, sin género de duda, la bella estación de Madrid, pueblo al que, aun siendo nuestra cuna y habitual residencia, no podemos, á fuer de imparciales, conceder ninguna ventaja topográfica ni climatológica, ni muy recomendables condiciones higiénicas; empeoradas las pocas que tiene, por el descuido y la apatía de las autoridades locales, quienes, con solícito é incansable afán, debían procurar que la corte poseyera condiciones de salubridad dignas de la capital de una monarquía europea y, por ende, civilizada.

Permitásenos que usemos esta frase, pues con rubor confesamos que la célebre *villa del oso* y el *madroño* no es digna del nombre de población culta; pese á los conatos de embellecimiento iniciados hace la friolera

de treinta y cinco años... espacio más que suficiente para levantar por completo una gran ciudad.

Y la prueba de que no es exagerada nuestra aserción, está á la vista de quien quiera observar el aspecto que ofrecen algunos barrios extramuros de Madrid.

El extranjero que por primera vez venga á la corte y haga su entrada por la calle de Segovia, tan próxima al Palacio Real, ó por la calle de la Arganzuela, tan inmediata á la estación de las vías férreas del Mediodía y las Delicias; al ver la Cuesta de Ramón y la de los Ciegos, y las calles del Peñón, Rodas, Ventosa, etc., creará, seguramente, que se encuentra, no en una población de Europa, sino en los sucios arrabales de Tánger ó de Tetuán el africano.

Y nada se diga de los asquerosos suburbios, llamados barrios de las Peñuelas y de las Injurias, que no tienen que envidiar á los aduares de los beduinos.

Hemos afirmado que la estación del otoño es la única en que se puede vivir en Madrid gozando de una agradable temperatura, puesto que la primavera representa sólo una continuación del insoportable invierno, y el estío una reproducción del clima abrasador de Africa.

En otoño, no obstante la temperatura algo baja de las noches y las madrugadas, se disfrutan, por lo regular, hermosos días de moderado y agradable calor. El cielo ostenta un azul límpido y radiante, casi siempre sin una nubecilla, y el sol, esplendoroso, convida á circular por los paseos de Recoletos, la Castellana ó el Retiro, únicos sitios de recreo que tienen para respirar un poco de aire—no del todo puro—los habitantes de esta población, que tanto pagan y tan poco se les atiende.

Mas el aspecto agradable y un tanto risueño de esta corta temporada de respiro no debe engañar ni seducir á los que se apresuran á disfrutar de ella, y muy particularmente á los forasteros que no están acostumbrados á las condiciones climatológicas de Madrid, donde tan frecuentes son los repentinos cambios de temperatura.

No hay que olvidar que el vecino Guadarrama, perpetuo palacio del genio malo de la pulmonía, empieza á enviar, entre sus heladas brisas, los invisibles y envenenados dardos que tan frecuentemente hieren y matan á los confiados y poco precavidos.

Conviene, por lo tanto, el usar ropas de abrigo, no en demasía desde un principio, sino paulatinamente, conforme avanza la estación; y hay que evitar los riesgos de la frescura de las mañanas y de las noches, muy especialmente al salir de los centros de reunión, como teatros, círculos, cafés y hasta reducidas tertulias particulares, donde siempre se respira un aire enrarecido y cargado de miasmas nocivos, que disfrazan, pero que no sanean, los suaves y delicados perfumes.

Dirigimos nuestros humildes y desinteresados consejos, por si quieren aprovecharlos, á las lindas jóvenes que, ávidas de lícitos placeres y de lucir sus encantos, concurren á las brillantes reuniones, vestidas con la ligereza que la caprichosa moda exige, y que tan cara suelen pagar muchas de sus admiradoras.

No hay que confiar en la robustez y la juventud. La estadística mortuoria presenta cifras desconsoladoras de fallecimientos de jóvenes; defunciones originadas por enfermedades contraídas á causa de la imprevisión ó de la excesiva confianza.

Ya que, por el buen parecer y el temor al ridículo, sea casi obligado el vestir como les place á las modistas y *modistas* de París, principalmente en los trajes de baile; encarecemos á nuestras lindas lectoras que, aun á riesgo de parecer menos bellas, cuiden en extremo, al salir de las *sorbetes* de mayor ó menor tono, del abrigo de su garganta y boca; puntos débiles por donde ataca el catarro, con sus consiguientes secuelas, á las niñas más cuidadosas de su hermosura que de su salud.

También encarecemos á las madres el cuidado del abrigo de sus pequeños hijos, en la actual estación, sobre todo en la elección de trajes de paseo para las tardes. Que no expongan la salud presente y futura de sus pequeños, particularmente de las niñas, por satisfacer la vanidad de llevarlos vestidos con la rigurosa exactitud del último figurín.

Y si esto no se puede ó no se quiere evitar, retírese al menos á los niños de los paseos, antes de que anochezca y empiece á sentirse el fresco, el relente que acompaña al crepúsculo de la tarde.

Apesar de esas contras, el otoño es, lo repetimos, la estación deliciosa de Madrid. En cambio, tras ella viene la mala, la intolérable, que suele a veces prolongarse por espacio de seis meses; el cruel, el horrible invierno, del cual prometemos ocuparnos, dedicándole algunas líneas en tiempo oportuno.

LUIS VEGA-REY

APUNTES

PARA LA

Historia Militar y Política

DEL GENERAL

D. PORFIRIO DIAZ

El hombre extraordinario y por mil títulos ilustre, de cuya vida vamos á consignar someramente algunos hechos, por no consentir otra cosa la índole de esta publicación y el espacio de que podemos disponer, es hoy, sin duda alguna, la personalidad más saliente de la América latina, y el estadista que más días de tranquilidad, de buen régimen administrativo y de verdaderos progresos ha proporcionado al país por el gobernado, que le proclama unánimemente su regenerador. No hay hipérbole en afirmar que, sin excepción, todos los nacidos en el vasto territorio que se llamó Nueva España, la hija predilecta de nuestra afligida patria, y todos los residentes extranjeros que al amparo de una paz como la que felizmente ha consolidado el general Díaz, pródiga en toda clase de adelantos, ven dilatarse de día en día los serenos horizontes de un porvenir fecundo en grandezas, del que es precursor seguro el presente ya envidiable del país; todos á una, señalan como primordial autor de la regeneración de aquél, al señor Díaz, y hacen los votos más sinceros por la prolongación de su existencia, por entero dedicada á labrar el engrandecimiento de la tierra que le vio nacer. ¡Feliz el pueblo que, como el de México en la actualidad y desde hace veintitres años, estrechamente agrupado en torno de su primer jefe, estima su existencia como el mayor de los beneficios que podía otorgarle la Providencia!

La vida militar del general don Porfirio Díaz, de la cual vamos á esbozar estos *Apuntes*, dando publicidad á hechos hasta hoy poco conocidos de la generalidad, revela en todos sus rasgos y detalles al hombre de extraordinarias condiciones, de gran fé patriótica y valor sereno, de voluntad de granito y naturaleza de acero, dotes bien comprobadas y aquilatadas después en el transcurso de su difícil y tan larga cuanto fructuosa labor político-administrativa.

Hijo de don José Faustino Díaz y de doña Petrona Mori, Porfirio Díaz vió la luz primera en la ciudad de Oaxaca, el 15 de Septiembre del año 1830. Recibió su primera educación en una escuela municipal, la preparatoria científica en el Semanario Conciliar, y cursó Leyes en el Instituto de la misma ciudad. A causa de los acontecimientos políticos de la época, al segundo año de práctica hubo de interrumpir su carrera de abogado, prestando, con peligro de la vida, su eficaz concurso á los personajes que conspiraban contra Santa Anna y comunicándose con los prisioneros don Marcos Pérez, don Manuel Ruiz y don Mariano Zavala, á la sazón juzgados militarmente en Oaxaca.

Como en el plebiscito de 1855, su voto en contra de Santa Anna le valiera persecuciones, se alistó en la guerrilla revolucionaria que mandaba el capitán Francisco Herrera, después de cuya derrota se ocultó en Cuanana, Mixteca de Oaxaca, hasta que habiendo sido relevado el comandante militar Martínez Pinillos, por el general don José María García, Díaz volvió á la ciudad natal á continuar su práctica en el bufete del Licenciado don Juan María Maldonado.



D. PORFIRIO DÍAZ, PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.